

Tribunas

Buena muerte en griego se dice eutanasia

POR Iosu Cabodevilla Eraso

Eutanasia del griego *eu* que significa *bien* y *thanatos* que es *muerte*, por lo tanto, etimológicamente eutanasia significa buena muerte o bien morir.

En la actualidad, en algunos ambientes se llama a la eutanasia *muerte dulce* o *muerte digna*, y en el ámbito sanitario se refiere a la acción u omisión, a petición del interesado, dirigida a evitar un sufrimiento o dolor insoportable en una persona con enfermedad grave e incurable, cercana a la muerte y refractaria a la terapéutica.

El poner fin a la vida de forma voluntaria, cuando está llegando a su fin, ha estado presente en muchos pueblos y culturas a lo largo de la historia.

En 2016 se produjo un debate en el Parlamento de Navarra en el que se aprobó, con 33 votos frente a 17, una moción por la que se instaba al Gobierno central a elaborar y desarrollar una ley que regule el ejercicio del suicidio médicamente asistido y la eutanasia. Recientemente el Congreso de los Diputados daba el primer paso para una reforma del Código Penal que despenalice la eutanasia y la ayuda al suicidio médicamente asistido, con el voto en contra del PP, UPN y la abstención de Ciudadanos. Actualmente se contemplan

penas de prisión de entre 4 y 8 años para quien induzca al suicidio de otro, y a penas entre 2 y 5 años para quien coopere con actos necesarios para el suicidio de una persona. Coincidiendo en el tiempo, hemos sabido de la muerte del doctor Luis Montes, presidente de la asociación Derecho a Morir Dignamente (DMD), que ejerció como jefe de Urgencias del Hospital Severo Ochoa de Leganés (Madrid) hasta que fue objeto de una auténtica caza de brujas por parte del Gobierno del PP de Esperanza Aguirre, que le acusó, aunque posteriormente fue absuelto, de causar la muerte mediante sedaciones terminales irregulares a 400 enfermos, provocando uno de los mayores escándalos ocurridos en la sanidad pública española. Solía afirmar que: "La gente sufría y agonizaba durante horas y días sin otra razón que los prejuicios y la ineptitud de muchos facultativos".

La legislación de nuestro país muestra un gran retraso respecto de la opinión social. Entre los detractores a la regulación de una muerte digna destaca la jerarquía de la Iglesia católica, que argumenta que en la eutanasia un ser humano da muerte a otro deliberadamente. Y que la vida humana es un bien superior y un derecho indisponible, es decir, que no puede estar al albur de la decisión de otros ni de la de uno mismo. Sin embargo, muchos cristianos de base sostienen que cuando la vida humana se encuentra próxima a su fin, y

ya no posee para uno mismo la calidad suficiente, deberían poder elegir, si así lo desean, esa muerte buena, digna, muerte hermana, no enemiga. Para ellos elegir la muerte, cuando es tiempo de morir, es el culmen de una vida, es el último acto consciente de abandono, de entrega voluntaria a una realidad superior que equiparan a la entrega de Jesús en Getsemaní, a sabiendas que le detendrían y le condenarían a morir en la cruz. Y que también ven en la lanzada del romano que atravesó el costado del crucificado, un acto de piedad para poner fin a la agonía.

Es cierto que esta misma jerarquía eclesial ha ido aceptando que es lícito desconectar un respirador artificial que mantiene un cuerpo con constantes vitales, o aplicar sustancias analgésicas o tranquilizantes, aún a sabiendas de que eso puede acortar la vida del paciente, ya que lo que persigue es aliviar el sufrimiento y no terminar con la vida. ¿Pero quién puede distinguir cuando el agua del mar pasa a ser del océano?

Se equivoca si no acepta una dosis mayor de tranquilizantes o sedantes que llevara a la persona a la muerte y al descanso. De la misma manera que también se equivocó en el oscuro período de la Inquisición que a tantos hombres y mujeres llevaron al tormento de la tortura para acabar quemados vivos en la hoguera. Como al filósofo, astrónomo y matemático Giordano Bruno, que afirmaba

que el sol era una estrella más, y que fue condenado por el cardenal Belarmino, inquisidor del Santo Oficio de Roma, que también consiguió obligar a Galileo a pronunciar de rodillas la abjuración de su doctrina de que la tierra y los planetas giraban alrededor del Sol y desechar el colocar a la Tierra en el centro del universo. Su negativa hubiera supuesto la muerte en la hoguera. Juan Pablo II, en 1992, reconoció su error y declaró que los teólogos se habían equivocado en 1616.

Se equivocaba también el obispo de Oxford cuando, maliciosamente, preguntaba a los feligreses: ¿Usted desciende del mono por su abuelo o por su abuela?, queriendo ridiculizar a Darwin que reveló que Dios no creo el mundo en una semana, y que nosotros, los blancos blanquismos de Europa, también vinimos de África.

Cuando es tiempo de morir, cuando la vida se nos escapa irremediamente, debemos elegir responsablemente cuándo y cómo morir, debe hacerse a la manera de cada cual. Y los sanitarios deberían proporcionar los medios y los conocimientos adquiridos para atender las demandas de quien libremente les pide una ayuda para morir bien, consciente y serenamente. Es una exigencia del cuidado de la vida. El debate está servido. ●

El autor es psicólogo clínico. Especialista en cuidados paliativos

‘¿Delenda est Carthago?’

POR Jose Mari Esparza Zabalegi

A momentos históricos, mirada larga. En los últimos 150 años han sido tres los conflictos armados que han tenido los vascos: la última carlistada, la guerra del 36 y la revuelta del 58, que acaba de finalizar. Grosso modo, 40.000 voluntarios en la primera, 70.000 en la segunda y 20.000 en la tercera. Algunos podrán decir que nada tienen que ver entre sí, pero a otros nos sorprenden sus semejanzas y vemos cómo polvos de antaño trajeron los lodos de hoy.

En las tres guerras las libertades de los vascos estaban sobre la mesa de operaciones: los Fueros en la primera, el Estatuto republicano en la segunda y el derecho a decidir en la tercera. Enfrente, la Monarquía, Guardia Civil, Ejército, Oligarquía y Constitución española. Lo mismo, los mismos que diría Antzoñena. En ninguna de las tres hubo transacción final y si declaraciones triunfalistas del Estado. "Soldados: fundada por vuestro heroísmo la unidad constitucional de España, hasta las más remotas generaciones llegará el fruto y las bendiciones de vuestras victorias", dijo Alfonso XII en su proclama final de Somorrostro. Similar fue el discurso de Areizaga en Bilbao, en 1937: "Vizcaya, a partir de ahora, es española por pura y simple conquista militar". "ETA ha sido derrotada por las Fuerzas de Seguridad del Estado", dicen ahora. Tras los tiroteos, las víctimas de un bando

pasan a primer plano: los partidarios del Gobierno liberal obtuvieron sinecuras, exenciones de quintas y el general Concha su obelisco en Abarzuza. De los gloriosos caídos por Dios y por España que hemos conocido, todavía siguen en pie sus monumentos. Ahora son las asociaciones de víctimas las que cobran, mandan y colocan sus placas y pebeteros. A las otras víctimas, humillación y castigo. Deportados a Cuba en 1876; exilio, cárcel y ostracismo en 1939 y en 2018. En los tres casos el Estado impuso una férrea censura de prensa, cerró periódicos, usó leyes mordaza. En la primera prohibió el *Gernikako Arbola* y en la segunda el *Eusko Gudariak*. En la tercera casi todo es apología del terrorismo.

Quienes se creían vencedores siempre desprezaron el discurso político de los vascos alzados: en 1872 eran bandidos y carcas que no luchaban por los Fueros como les hicieron creer los carlistas. Los de 1936 eran rojo-separatistas que no luchaban por Euskadi sino para imponer una dictadura judeo masónica. Los de 1958 eran terroristas que no querían una Euskal Herria socialista, sino matar por matar. Bandidos, bandidaje, bandas. El discurso español.

En todas las guerras siempre hay indígenas que apoyan a sus conquistadores. Son nuestros condes de Lerín. También los hay que, simplemente, se oponen a sus paisanos sublevados. Unos, sinceros y bienintencionados, porque creen que ese no es el camino o el momento. Otros porque esperan medrar como sumisos tios Tom. No faltan, sobre todo

entre intelectuales y periodistas, los que estuvieron callados, al paio, y al final se deciden a atacar al más débil con la crueldad que muestran los gallinas con ventaja. A moro herido, gran lanzada. En la prensa de estos días están todos retratados.

Una vez los alzados entregaron las armas, el Estado siempre olvidó las promesas para que lo hicieran. Pese a prometer respetar los Fueros, Cánovas los abolió en las tres provincias y anunció su derecho a legislar sobre Navarra como en el resto de la monarquía. Y para demostrarlo, actualizó el cupo, congelado por prudencia desde 1841. Castelar propuso además controlar a los maestros para extirpar las ideas disolventes de los vasconavarros. Franco tampoco respetó el pacto de Santofña y miles de guardas fueron presos o fusilados. Los Fueros, otra vez cercenados. Hoy día, todo lo que se les decía a los vascos ("presos por armas", "de todo se podrá hablar...") se ha trocado por una mayor crueldad represiva. La autonomía, de nuevo en cuestión.

Y es que con el fin de las guerras no cesa la violencia, sino que se monopoliza. "Para controlar a los navarros" se acantonó para siempre en Anzoain el Regimiento América 66 y se construyó, "a costa del país", el fuerte Alfonso XII o de San Cristóbal, llamado por ellos mismos "bastión del Ejército de Ocupación". En la guerra siguiente el fuerte siguió usándose contra los navarros. Y el mismo ejército de ocupación puso un cuartel en cada pueblo con gente ajena al país. Esta ocupación aumentó en el conflicto del 58 y ahora, a su final, nos anuncian que no piensan retirarse y que seguirán incordiando a los navarros. Lo de Alsasua es solo un aviso. Lo de *La Manada*, un detalle.

Cada conflicto ha sido estribo del siguiente. La abolición foral del XIX y los podridos gobier-

nos de la Restauración trajeron la reacción nacional y social del país. Surgió el nacionalismo moderno y el proyecto de una república vasca. La abolición de la República y el podrido franquismo germinaron a ETA. Con ella surgió la izquierda independentista. Ahora ETA se diluye, pero queda un Reino de España tan podrido como el de Alfonso XII. ¿Alguien cree que el conflicto vasco ha acabado?

Desde Madrid siempre nos han mirado como territorio hostil. *Delenda est Carthago* escribió la prensa española en el siglo XIX. Había que destruir la Cartago vasca. Ya lo dijo el general Moriones: "Más que los carlistas, es el país el que nos hace la guerra". Respetaron los cupos y los Fueros mientras hubo vascos armados. Desarmados estos, los colaboracionistas y liberales vascos se vieron incapaces de evitar la abolición foral. ¿Qué arma disuasoria tenían? Hasta el triunfo de Navarra en la Gamazada de 1893 no se puede desligar de la sublevación del *comando* de Antero Señorena.

Autodesarmada ETA, todo indica que Madrid se dispone a aumentar las medidas represivas, recortar la libertad de expresión y cuestionar cupos, convenios y toda la autonomía vasca- navarra que cedió en 1978, mal de su grado, para apaciguar el país y buscar apoyos. ¿Por qué van a permitir ahora al PNV o a UPN seguir disfrutando de nuevas autonómicas que menoscaban la unidad de la patria española? Euskal Herria entra en una nueva fase de confrontación. ETA se ha diluido como un azucarillo en la sociedad y eso debe facilitar nuevas mayorías en el país que impidan los pasos atrás y sigan sacudiendo el nogal. Con otras armas, la guerra sigue igual. Algo surgirá. Madrid no destruirá Cartago. ●

El autor es editor